

Ricardo Henao Calderón

90

MINUTOS

de libertad

DRAMÁTICOS RELATOS DE CÓMO
LOS SECUESTRADOS POR LAS FARC VIVIERON
LA PASIÓN DEL FÚTBOL EN LA SELVA

Con prólogo de Hernán Peláez Restrepo

 Planeta

CONTENIDO

Prólogo de Hernán Peláez Restrepo	11
Introducción: El gol se resistió al secuestro.....	21
Capítulo 1 : Santa Fe, la pasión de Arcia	29
Capítulo II: Luis Mendieta, el general azul	75
Capítulo III: Jorge Trujillo, Junior tu papá.....	107
Capítulo 4: Jara, el maestro azul	131
Capítulo 5: El profesor de fútbol y los alumnos de madera	165
Epílogo de Herbin Hoyos	187

PRÓLOGO

La palabra secuestro tiene varios significados en los diferentes diccionarios. Uno de ellos dice que es la retención de una persona con fines políticos o financieros, sin que se entienda bien el porqué. Se conocen frases que hicieron carrera en el mundo terrible del hampa, como “hecha la ley, hecha la trampa”. O aquella que encierra el riesgo de una mala acción. Cuando se comete un delito, el delincuente sabe que la ley y la justicia lo buscarán y lo perseguirán, y si algún día dan con él, pagará una pena y un castigo.

En estas conversaciones y revelaciones el periodista Ricardo Henao consigue reflejar el sufrimiento y las vejaciones a las que fueron sometidos cinco secuestrados. Y en medio de esas confesiones, que en el fondo son una forma de aliviar el espíritu, se encontraron puntos coincidentes.

El fútbol resultó ser el común denominador. La pasión por un equipo, llámese Millonarios, Santa Fe, Once Caldas, fue un genuino motor de esperanza para los hombres retenidos por la guerrilla. Contar cada

uno su historia, su amarga vivencia, era sacarse un peso espiritual de encima.

Estar atados con cadenas, con candados, escuchar arengas humillantes, realizar labores manuales, para todos ellos desconocidas, eran como regresar a los primeros años, a la primaria. Así y todo, el fútbol se tornaba en bálsamo, en distractor de las amarguras frente a la impotencia de no ser libres. Saber de sus equipos, celebrar un gol o disfrutar de un resultado positivo, eran elementos más que suficientes para confiar en el regreso al seno de sus familias.

Como pasa en el fútbol, cuando un equipo está a punto de conseguir un gol que significa un campeonato y le cuesta muchísimo lograrlo, así también el secuestrado sabe que su paciencia y su fe lo sostendrán hasta el minuto noventa de su liberación, que equivale al título que aquel equipo está buscando.

En este compendio resulta sorprendente y emocionante cómo un hincha de Santa Fe diseñó y tejió el escudo de su equipo y se las arregló para buscar el hilo blanco y sobre todo el rojo, para que la réplica en su buzo gris quedara exacta. Otro secuestrado quiso ofrecer clases de inglés y todos a una, como si estuvieran devolviendo un casete o la cinta de una grabación, mantuvieron presentes todos los detalles. Amasaron los recuerdos en aquellas noches largas, a oscuras, tenebrosas, y ya en libertad los refrescaron

para que fuesen relatados en este estupendo trabajo, repleto de descarnados testimonios.

En las charlas con los cinco secuestrados se pueden corroborar varios hechos. El principal, que ninguno se aferró a los recuerdos y, por el contrario, estuvieron pendientes de su futuro, de cómo conseguir su liberación, siempre optimistas en medio de las condiciones infrahumanas a que eran sometidos.

Un caso increíble es la amarga experiencia de Óscar Tulio Lizcano, el único en esta patética reseña que permaneció en soledad absoluta durante nueve navidades. Los otros tuvieron al menos un consuelo, el de compartir con compañeros en desgracia las angustias, las miradas desoladas. Pudieron hablar, reír y distraer en parte su situación.

Lizcano decidió conversar con los árboles que lo rodeaban. A ellos les expresó sus momentos de sosiego, pensando y sabiendo de las ejecutorias de su Once Caldas. Su historia se parece a la del actor estadounidense Tom Hanks, quien en una película sobre un naufragio que lo lleva a una isla, después de un accidente aéreo, decide ‘conversar’ con un balón de voleibol. Le pinta una forma de cara y sin obtener respuesta empieza diálogos insospechados con ella. Ante ese tamaño gigantesco de troncos, Lizcano también encuentra un refugio a sus penurias y cuenta sus cuitas, como decían los antiguos poetas. En el fondo,

si se quiere adentrar en su condición, estuvo haciendo curso para ermitaño.

Porque los secuestrados utilizaban el tiempo para reflexionar, para esculcar en su interior por sus pecados, para establecer con el de arriba un nexo y ejercer lo que bien se llama una vida contemplativa. Lo mismo seguramente sintió Lizcano en su silencio interior. La vida silvestre, el follaje de los árboles, levantar la mirada al cielo, eran sus mayores distracciones.

Otra revelación sorprendente resultó la de dos secuestrados que planificaron su escape y parcialmente lo pudieron hacer al amparo de las sombras nocturnas. En horas lograron estar libres, hasta que llegaron a una choza donde encontraron varias personas que parecieron interesados en ayudarlos, pero no hubo tal porque de inmediato dieron aviso a sus captores, que los devolvieron al lugar del cautiverio y aumentaron los castigos por su osadía. Pero así y todo, después de esa frustración, no desmayaron y retomaron fuerzas, más espirituales que físicas, para mantener la esperanza de recuperar la libertad, como finalmente lo consiguieron.

Cuando dirigía el programa radial, *La Luciérnaga*, acostumbraba presentar un saludo así: “Buenas tardes... saludo especial a los oyentes en Colombia, en el exterior y en las selvas y montañas del país...”. Era un mensaje subliminal a aquellos que vivían la pesadilla y realidad de un secuestro.

Con el tiempo comprendí que esas sencillas palabras calaban en lo más hondo de quienes purgaban una pena inmerecida y estaban allí a merced del capricho de sus carceleros.

En uno de los testimonios de esta suma de confesiones se recuerda al tristemente célebre ‘Mono Jojoy’, quien, a petición de los secuestrados, les prometió un radio Sony de 9 bandas. Pero demoró tres meses en hacer llegar el aparato, con lo cual aumentó la angustia de sus rehenes, ávidos de saber qué ocurría en el país.

En los campamentos, el fútbol era una herramienta fundamental. Entre los cautivos había seguidores de los principales equipos de fútbol y en torno a ellos los secuestrados alternaban las emociones y depresiones por los resultados y las ejecutorias de sus colores preferidos.

La radio, que penetra en todos los rincones de la patria, gracias a las estaciones AM y FM, tiene un amplio rango de receptores. La radio es oír voces, música, mensajes, recomendaciones y noticias del más variado calibre. De hecho, permite al oyente construir en su mente una realidad o una fantasía. Si la noticia habla, por ejemplo, de la caída de un puente sobre un río escondido en la geografía, quien escucha puede imaginarse el tamaño del puente y hasta las labores de reparación; lo mismo sucede en el fútbol, que cuando se produce el gol y se sabe quién lo anotó

y cómo lo celebró, el grupo imagina todo, hasta los cánticos de los hinchas.

En ese aspecto, la radio puso a trabajar la mente de los secuestrados. Los incitó a pensar, a memorizar y a sonreír cuando oían los saludos de los locutores y comentaristas deportivos. Todos se apiñaban alrededor del radio para estar pendientes de los saludos de sus familiares, que llegaban a través de programas especializados, de los que eran sus principales seguidores. Ese ejercicio mental se logró gracias a la radio y contribuyó en cierta medida a mantener el optimismo, la esperanza, las ganas de vivir.

Siempre se ha dicho que una imagen vale más que mil palabras. Es probable que sea cierto, aunque en estas 1.396 palabras he querido plasmar la reflexión que dejaron en mí los testimonios de este grupo de ex secuestrados. Este trabajo investigativo de Ricardo Henao recoge, no el testimonio en sí de las tristes vivencias de estos compatriotas, sino su lucidez y valentía para soportar aquellos momentos.

Alguna vez el pensador argentino Domingo Faustino Sarmiento, maestro por demás, escribió esta frase con tiza: “Las ideas no se degüellan”. Estas páginas confirman esa expresión porque si bien el cuerpo estuvo secuestrado, sus mentes permanecieron siempre libres para anhelar los abrazos y besos de sus familiares y soñar con su libertad. Pasado el tiempo, seguramente se preguntarán por qué vivieron esos

terribles tiempos sin tener ni arte ni parte en este conflicto de larga duración.

Dios quiera que nunca más tengamos secuestrados. Quienes cuentan estas historias son dignos de admirar por su valentía, su paciencia y el manejo admirable de las angustias causadas por un cautiverio que no merecían.

Usted, que tiene estas historias de vida en sus manos, entenderá mejor el amor por el fútbol y sus equipos, que sirvieron de motivación en los momentos más difíciles. Los cinco personajes que aparecen en este interesante trabajo periodístico representan a aquellos que sufren y sufrieron, pero siempre albergaron la esperanza de su liberación.

HERNAN PELÁEZ RESTREPO

INTRODUCCIÓN

El gol se resistió al secuestro

—Goooool, goool, goooooooool, hijueputa, goolllllll, goooooooool, goooooool, goooooool —gritó el coronel Enrique Murillo.

—¡Cállese, que nos van a matar! —exclamó un guerrillero con el fusil al hombro.

—Gooooooool, goooooooool, hijueputa, gooooo-
oollllllllllllllllllll.

—¡Cállese, cállese, cállese que nos van a matar!

—Gooooool, hijueputa, gol.

—¿De quién? —preguntó alguien desde un cambuche en medio de la selva.

—Gooooooool del Ejército, goool del Ejército de Colombia.

Eran las dos de la tarde del miércoles dos de julio de 2008. El coronel Murillo, cautivo en un cambuche perdido en la manigua, estaba muy pendiente de la información previa al juego de aquella tarde en el estadio Pascual Guerrero de Cali entre América y Boyacá Chicó. Mientras los demás secuestrados platicaban sobre diversos asuntos, Murillo escuchaba la radio a bajo volumen para ahorrar baterías. Prestaba atención

a lo que en RCN Radio se decía del juego, analizaba las posibilidades de cada equipo, confrontaba las nóminas y hacía vaticinios de lo que sería esa desequilibrada final entre un histórico y muchas veces campeón como América, y Boyacá Chicó¹, que por primera vez llegaba a disputar una final de campeonato.

El ambiente parecía tranquilo y a esa hora el silencio selvático solo era interrumpido por el murmullo de quienes conversaban en voz baja en el fondo de las jaulas. Detrás de las alambradas de púas extendidas para evitar fugas, un centenar de guerrilleros vigilaba a sus rehenes.

De pronto, Murillo explotó con un inmenso grito, un chillido que hizo pedazos la calma encerrada en la espesa vegetación.

—Gol, goooool, goooooool, goooool, hijueputa, gol —gritaba a todo pulmón.

El general Luis Mendieta y los demás secuestrados miraban sorprendidos a Murillo, que seguía con su inexplicable gritería cuando todavía no había empezado el partido.

—Gooooool, goooool, goooool, hijueputa, gol, gol, goooool.

Los carceleros empezaron a gritar que se callara, que no siguiera con semejante escándalo. Murillo los

1 Ese dos de julio de 2008, América y Boyacá Chicó empataron 1-1. En el partido de vuelta el 6 de julio, en Tunja, se repitió el empate por el mismo marcador. Boyacá Chicó fue campeón al ganar en la tanda de penales por 4-2.

ignoraba, brincaba y gritaba más y más fuerte. Parecía haber enloquecido. Sus compañeros de celda le pedían que bajara el volumen.

—Cállese, que nos van a matar —le gritó uno.

Fue en vano. Era un canto que salía del corazón; los gritos de Murillo tenían sabor a desquite, sabor a una victoria que nunca se había producido en el ya interminable encierro. El oficial era el centro de las miradas de sorpresa tanto de carceleros como de sus vigilados. No era hora del partido y no se explicaban el origen de tanta felicidad en un hombre que siempre mostró aplomo y serenidad para manejar su situación de rehén.

—¿Qué pasó, qué pasó? —le preguntaban.

—¿De quién fue el gol?

Murillo tomó una bocanada interminable de aire, balanceó su cabeza hacia los costados, fijó su mirada en los compañeros que tenía al frente y gritó con una combinación de alegría y furia:

—¡Gol del Ejército, gol del Ejército de Colombia!

Todos se acercaron y prácticamente lo cercaron para forzarlo a contar qué sucedía. En tono fuerte y tratando de contener los nervios, informó que el Ejército acababa de arrebatar de las garras de las Farc a Ingrid Betancourt, tres contratistas estadounidenses y once militares secuestrados hacía varios años. Por esa razón, la radio había interrumpido la transmisión deportiva para dar el parte de victoria del Estado

sobre la insurgencia. Era la culminación de una milimétrica acción de varios meses que se conoció como la Operación Jaque.

Mientras tanto, el guerrillero más próximo al grupo quedó petrificado. Cuando se repuso echó a correr, le avisó a otro y así la noticia llegó al jefe. Por su lado, los secuestrados siguieron el desarrollo de la noticia pegados al radio de Murillo y se fundieron en largos abrazos una y otra vez.

Ese momento abrió para los secuestrados una luz de esperanza. Tamaña noticia no tenía mensaje distinto que confirmarles que el Ejército y la Policía y sus organismos de inteligencia los buscaban para rescatarlos. Así creció de repente la ilusión de la libertad, de regresar a casa, sanos y salvos.

Pasado el furor del momento, lo cierto es que en medio de la dura prueba que les tocó vivir, el fútbol fue una pasión, un compañero infaltable que alimentó a los secuestrados más que las lentejas, el arroz y los espaguetis, lo único que comieron durante años. El balompié fue el motor que hizo del terrible secuestro algo más llevadero. Era el único tema por el que valía la pena discutir, apostar y hasta pagar cualquier precio. La redonda justificaba agotar la poca carga que aún quedaba en las baterías del radio, su único contacto con el mundo exterior.

El fútbol, sí, aquel bicho que los picó a casi todos, mucho antes incluso de imaginar que alguien

les arrebataría la libertad y los empujaría al terrible dolor de vivir en el encierro de un secuestro, en las profundidades de la espesa e inaccesible selva colombiana, donde era muy difícil captar la señal de las estaciones de radio. El fútbol, sí, aquella pasión que corría por la sangre de casi todos los secuestrados, y por qué no decirlo, de sus carceleros; fue un aliciente, una de las pocas cosas que allá en la selva les permitió sentir que fuera de allí aún había vida, que aparte de la familia y los amigos que los esperaban, los aguardaban un balón, una bandera, una camiseta, unos colores, una afición y una cancha, razones más que suficientes para querer volver.

Tal vez sin proponérselo, los secuestrados por la guerrilla encontraron en el fútbol la mejor medicina para enfrentar su calamitosa situación. Durante años siguieron de cerca, por radio y en algunas ocasiones por televisión, todo lo relacionado con el campeonato colombiano y si era posible también buscaban información de los torneos de otros países o del desarrollo de las copas regionales, como la Libertadores o la Uefa. Y el plato fuerte era el Mundial de Fútbol, que muchos debieron escuchar pegados a un aparato de radio.